

ODRADEK

Domicilio Desconocido

Año I - Marzo 2007 - Número 7
Muestra gratis

www.geocities.com/domicilio_desconocido
domicilio_desconocido@yahoo.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*
Franz Kafka

Mascota

Ofelia no tenía esposo, novio ni padres. Tampoco se le conocían hijos. No tenía amigos y tal vez no tuviera nombre; Ofelia le puse yo. Vivía en un monoambiente, creo que de su propiedad.

Supe de su existencia cuando ya hacía una semana que me había mudado justo al lado de su departamento. Hasta entonces había creído que el noveno "F" estaba abandonado, tan silenciosa era Ofelia.

Fue una tarde fría de julio cuando la conocí. Ese día, un hecho imprevisto vino a cambiar mi vida por completo: mientras trataba de entrar a mi casa vi cómo se entreabría la puerta del noveno "F". Apenas asomó la mitad de su rostro; un ojo negro, enorme y redondo, me investigaba. Me acerqué intrigada. "Buenas tardes", le dije, pero no me contestó. Ofelia parecía asustada y se ocultó un poco más. Asustada yo también, retrocedí y traté de abrir la puerta de mi casa lo más rápido posible. Antes de que lo lograra, capté por el rabillo del ojo que la mujer me tendía un papel. Levemente asomada su mano blanca y delgada, el rostro totalmente oculto detrás de la puerta.

Tomé la nota y leí: cereales, galletas de arroz, agua mineral, zanahorias. "Las compras. Querés que te haga las compras", dije casi preguntando y otra vez no hubo respuesta. Pensé que estaría sorda. "Debe ser sordomuda", eso pensé. ¡Ja, Ofelia sordomuda!

Bajé a comprar los alimentos que Ofelia me había pedido sin pedírmelo y recién entonces noté que no me había dado el dinero. Era una compra económica, de cinco o seis pesos, que no arruinaría mi economía. Así que volví con los elementos de la lista y algo más, sin esperar nada a cambio. Golpeé su puerta pero no atendió, cosa que me pareció lógica teniendo en cuenta que, según yo creía, Ofelia era sordomuda. Dejé la

bolsa en la puerta de su casa y entré a mi departamento sintiendo que había realizado la buena acción del día.

Una hora más tarde la pude oír por primera vez. Ofelia tarareaba una mezcla de canción de cuna con música oriental, algo que jamás había escuchado. Era hermoso; su voz era dulcísima y cada nota resonaba en las paredes de mi pequeño departamento y en mi cuerpo. Fue tal el éxtasis al que me llevó la voz de Ofelia que me sentí transportada. Feliz. El trance duró algunas horas, luego mi vecina se llamó a silencio y el resto del día transcurrió como de costumbre.

La secuencia se repitió casi igual al día siguiente y al otro. Poco a poco y sin mediar palabra entre ambas el vínculo fue creciendo, nos necesitábamos. Así transcurrieron casi dos años,

durante los cuales yo alimenté a Ofelia y Ofelia cantó para mí.

Pero hace algunas semanas todo cambió. Ofelia ya no canta y dejó de recoger las bolsas que hasta el domingo pasado seguí dejando en su puerta.

Me pregunto si huyó volando por la única ventana de su monoambiente. Como sea, desde que no la oigo estoy

triste, no salgo de mi casa ni siquiera para ir a trabajar.

Últimamente sólo pienso en ella y en su voz. Vivo encerrada, deprimida. Nadie me visita y es lógico porque no tengo parientes ni amigos. Sólo una vecina parece haber notado mi angustiada presencia. Ayer mismo dejó junto a mi puerta unos huesos con algo de carne y no sé por qué extraña razón le agradecí dando saltitos.

Ahora espío por el ojo de la cerradura y la veo venir. Trae una correa en su mano izquierda, supongo que quiere sacarme a pasear.

La secuencia se repitió casi igual al día siguiente y al otro. Poco a poco y sin mediar palabra entre ambas el vínculo fue creciendo, nos necesitábamos.

Échale la culpa a Stevenson

Construiré una balsa y me iré a naufragar.
L. Nebbia.

Islas desiertas, casi nunca desiertas. Aguas transparentes, arenas doradas, clima cálido.

Mujeres jóvenes ligeras, ligeras de ropa, con vestidos estratégicamente harapientos.

Manjares naturales.

Ausencia de fuerzas de seguridad.

Tal vez tesoros.

Elementos que garantizan el correcto funcionamiento del servicio postal tales como: botellas direccionables, biromes o calamares letrados, hojas tamaño carta, corchos.

Aventuras.

Paraísos fiscales.

La literatura, el cine y la televisión han alentado en forma pertinaz la posibilidad del naufragio y sus resultados:

La isla de Ítaca, la de Stevenson, la de Robinson Crusoe, la de Expedición Robinson, la de Ricardo Montalbán, la de La Mujer Maravilla, la de Gilligan, la de qué libros te llevarías, la de El Señor de las Moscas, la de Caras, la de La Playa, la de Lost, la de La Laguna Azul, la de Madagascar.

Lejos del invento burgués de la temeridad controlada denominado Turismo Aventura, ajenos a la utilización mercantil de la felicidad que se efectúa en los cruceros, todas las semanas miles de lectores consecuentes de Stevenson, por ejemplo, de diferentes nacionalidades: marroquíes, senegaleses, mauritanos, nigerianos, o cubanos, se dejan seducir por los cantos de sirenas que los impulsan a abordar en número siempre superior a la capacidad permitida, naves precarias o vetustas, cuyo destino obligado es el naufragio. Demasiado tarde descubren que estaban en un error inducido por sus lecturas. Será mejor que la próxima vez no confíen del todo en lo que leen.

Yanina Bouche

Roberto Gárriz

Amor fraterno

La primera señal que tuvimos fue el olor a pis viejo que despedía la ropa de Celia. A partir de ahí, estuvimos alertas. Conocemos bien estos procesos. El descuido por la higiene personal es el comienzo. En forma gradual Celia empezó a decaer y con toda naturalidad comenzaron a manifestarse los otros signos que esperábamos: pérdida de peso, mirada vidriosa sin parpadeo; además de objetos que aparecían guardados en lugares equivocados y las hornallas de la cocina encendidas sin sentido. Ahí mismo asignamos las nuevas tareas que en breve nos ocuparían. Hasta que llegó el día en que Celia dejó de caminar y ya no pudo levantarse. Nos organizamos enseguida. De eso sabemos. No hay como la experiencia. Habíamos cuidado a nuestra madre hasta hacía poco; los cinco; en esa época Celia formaba parte del equipo. Esa vez el Dr. Peralta nos felicitó: ni una escara, nunca un olor desagradable emanando del cuerpo. Igual que ahora con Celia. Todo tiene que ver con saber organizarse. Nos complementamos bien. Esta vez ya teníamos todo planeado de antemano. Somos previsores y nos entusiasma la idea de renovar la rutina de todos los días con otras obligaciones. Cada uno debe cambiar de posición a Celia dos veces al día, y acomodarle bien las almohadillas entre las zonas del cuerpo que se rozan y pueden

Cada uno debe cambiar de posición a Celia dos veces al día, y acomodarle bien las almohadillas entre las zonas del cuerpo que se rozan.

producir llaga. Los pañales deben cambiarse entre cuatro y cinco veces durante el día y a la noche hay que estar revisándola a cada rato porque la acidez le quema la piel. La limpieza del cuerpo nos lleva tiempo. Pasar el algodón embebido en agua de azahar por toda la piel y detenernos un buen rato en los dedos de los pies. Parece mentira cómo se ensucia un cuerpo que no se mueve de la cama. Lo más importante es que estamos juntos. ¿Qué más podemos pedir? Ninguno de nosotros sabe lo que es sufrir de soledad porque siempre, y digo siempre, hasta cuando dormimos, estamos acompañados. Nunca quisimos cuartos individuales, aunque la casa puede brindarnos esa comodidad. Para qué, si es tan hermoso tenernos cerca. Hace un tiempo decidimos anular el sector del primer piso. Ya no estamos para subir y bajar escaleras. Los años se sienten en el cuerpo.

Anoche Celia respiró con dificultad. Ya sabemos que se acerca el final. En breve cada uno volverá a sus tareas de siempre. Desde esta mañana nos perseguimos unos a otros con disimulo por la casa. Nos husmeamos con la esperanza de descubrir algún indicio de un olor que anticipe un nuevo cambio en nuestra rutina.

Daniela Vestri

Maragam Blues

La Alfombra Mágica era uno de esos toboganes gigantescos y ondulados que habían hecho furor uno o dos veranos, hasta que a la gente se le pasó el efecto de pagar un mango por subir penosamente ciento treinta y cuatro escalones desde el triste suelo de todos los días hasta la plataforma de lanzamiento- y después deslizarse boludamente feliz encima de una bolsa de arpillera, para terminar en el mismo lugar de donde se había partido, y con la misma cara de infeliz de siempre.

Esa Alfombra Mágica abandonada en la laguna de Gómez podría haber sido un elemento casi perfecto para, llegado el caso, demostrar fehacientemente que la felicidad es cosa de infelices.

Era un monumento a los boludos alegres. Un conjunto ruinoso de hierros

y chapas en proceso de oxidación, despreciado en el ir y venir de las modas y las costumbres fugaces de la humanidad que, en determinada ilegalidad del invierno, servía para comprobar nuestras dudas, es decir, si teníamos un poco de esa misma alegría medio boluda en las venas o no.

Entonces, dicho en la terminología poética del Tano, cuando en nuestros ombligos se ensillaban los carruajes del cielo, nos tirábamos desde aquella plataforma, como si nos arrojáramos por otro sendero de nuestras lastimosas existencias de bueyes chinos.

Teníamos esa misma alegría. Bueyes chinos.

Sergio Rigazio



“Alfombra Mágica” - Pedro Diagram

Migraciones

*Siglos de libros
muertos
que fueron deshilando
con sus cifras
los bordados
multicolores
de la indiada,
su familia.*

Venía con el brazo apoyado en el respaldo del asiento y sobre ese brazo, un costado de la cara. La mirada apuntando hacia un lado del vagón del tren en el que viajaba, justo hacia la puerta que en ese momento acababa de cerrarse herméticamente, dejando un espejo negro delante de él. Se vio allí.

Se vio callado, se vio pensar sin decir palabra. Se vio con su rostro de piedra morena, de coral áspero y milenario. Se vio también como lo veían los demás: como un indio criado a mamadera, a televisión. Se vio recordar lo que nunca supo sino a través de infinitas leyendas, de murallas talladas: su historia. Su prehistoria.

Siglos de libros muertos que fueron deshilando con sus cifras los bordados multicolores de la indiada, su familia. Un apellido que devino tribu. O al revés.

Cerró los ojos y miró hacia afuera, a través del vidrio, hacia el andén inmóvil. Un mundo de gente se apretó para entrar, para invadir y conquistar ordenadamente cada espacio del

transporte.

Más fuerte cerró los ojos y llegó a ver -en el extenso fondo cristalino de ese mar de gente entrando, ayudado por los rayos del sol y de la luna- el quebrantado barro heredado, aún yaciente, en forma de collares y cacharros recocidos. La supervivencia polvorienta de los símbolos. Otro velo, en fin.

Sabía que pronto tendría que bajar y no quería. O no podía.

Una acidez de melaza y cereales le inflamaba el estómago y se palpó el abdomen. Sujetó sobre sus piernas a la virgen de resina que lo acompañaría hasta el altar de la próxima estación. No más.

Vacilante, comenzó a salir y empuñó a la virgen para darse fuerza, para empujarse contra los otros, para abrirle paso a su fe. Un gesto nuevo le inundó la cara. El mismo gesto que hace mi gata cuando caza alguna mariposa y me la trae de regalo.

Nora Martínez

Noches de entonces

Otro día escuché de Bernardo Kordon una historia que recordé más de una vez, para convencerme de que mis problemas eran sólo una broma. En un gueto de la ciudad polaca de Drohicz, un oficial SS sacó su arma e hizo puntería sobre un judío llamado Bruno Schulz, algo nada particular en la Polonia ocupada de 1942. Nadie registró el nombre del oficial alemán.

Tanto en Polonia como en Francia se ha comparado muchas veces a Bruno Schulz con Franz Kafka; se lo llamó más de una vez el Kafka polaco. Además, Schulz anotó algunas coincidencias en el prefacio que escribió para la traducción polaca de *El proceso*.

Bruno Schulz vivió parte de su vida en Viena, parte en Varsovia y, ya escritor consagrado, viajó a París. Su obra está hecha de los recuerdos de una sola calle, la de aquel gueto, con las “tiendas color canela”. Cuando fue asesinado trabajaba en su novela *El Mesías*, cuyos originales desaparecieron.

A diferencia de Kafka, me dijo Kordon, Schulz es corpóreo, sensual, con cierta magia erótica, que está entre Chagall y la Biblia.

Después de esa charla, Kordon me regaló un número de su revista *Capricornio*, donde había publicado un capítulo del *Tratado de maniqués*, traducido de la edición francesa de la editorial Julliard. En el mismo número había cuentos de la dinastía Tang Li Fou-Yen, Chen Ki-Tsi y Li Kong-Tsuo, que Kordon difundía porque había conocido a Mao y más de una vez había viajado

a China, sobre la que escribió libros y relatos.

Lo cierto es que después de Bruno Schulz, de aquella historia contada por Bernardo Kordon, me convertí en colaborador de la revista *Raíces* sin escuchar a las críticas (de izquierda) por el “sionismo” de su línea editorial. Y digo de izquierda porque, aunque no era un “ciudadano ideológicamente esclarecido”, los argumentos de la derecha siempre me parecieron, en el peor de los casos, peligrosos y, en el mejor, divertidos. Sus pretensiones en la cultura adolecían de una confusión con los buenos modales y sus razonamientos políticos concluían en la imposición por la fuerza. En cuanto a su moral, cada vez perdía más clientes, incluso entre sus vástagos. Mariani, un amigo anarquista, llegó a proponer la iniciación sistemática de las hijas de la burguesía, iniciación en una sexualidad orgiástica, como un modo de cortar la descendencia de semejante gente.

En aquella época quería tanto a Kafka que me atreví a dar una conferencia sobre *El proceso* invitado por Darío Cardenas, en un ciclo cultural de no recuerdo qué. Me encontré frente a unos cuantos desconcertados en un teatro de butacas vacías. No podía hablar sobre K., yo era K. Por eso leí lo que tenía subrayado, después de situar a Kafka mediante algunos datos inciertos. El público fue amable; por mi parte fui discreto y reduje mi conferencia a media hora.

Germán García

Un mundo de veinte asientos

No, no es de Claudio Levrino de quien quiero hablar hoy, sino de ese invento argentino que -como la birrome o el dulce de leche- nos identifica: el colectivo. En los últimos meses, mi vida transcurre más arriba de un bondi que en tierra, por lo cual he comenzado a quererlo, tanto como cuando niña quería a la escuela, “nuestro segundo hogar”, a decir de la Señorita Dora.

Viajo en varias líneas: 60 (Constitución-Tigre), 29 (Olivos-La Boca), 46 (La Boca-San Justo), 64 (Barrancas de Belgrano-La Boca), 96 (Constitución-Isidro Casanova), y a veces -cuando me quedo dormida y llego tarde al trabajo- combino con el 88 (Plaza Miserere-Cañuelas-Lobos). Cada colectivo tiene su atractivo: buenos coches, buen recorrido, servicio rápido, semi-rápidos, diferenciales, público variopinto, choferes simpáticos y otros muy malhumorados.

He visto gente dormida hasta babearse (incluida quien escribe), miradas cómplices entre el conductor y alguna señorita entrada en carnes y de ligero vestir, carteristas sin escrúpulos, vendedores ambulantes sin vergüenza alguna de los productos que ofrecen “directo de remate de

Cada colectivo tiene su atractivo: buenos coches, buen recorrido, servicio rápido, semi-rápidos, diferenciales, público variopinto, choferes simpáticos y otros muy malhumorados.

aduana”, mujeres que dejan de creerse jóvenes cuando suben y exigen el asiento, embarazadas apocadas que no reclaman su derecho sino hasta llegar a la última fila, a donde vamos a sentarnos los que -precavidos- no queremos pararnos cuando el ómnibus estalla de gente y olores.

El mundo del colectivo no es como el del subte. En algún punto aún inexplicable, es más rico, menos “fugaz”. Uno va conociéndose, de a poco, con aquellos que encuentra en la parada a la misma hora, espera al coche que conduce alguien que contesta al “Buen día” “Buenas tardes” “Buenas noches” de rigor que emiten los pasajeros al subir, puede calcular en una competencia que juega consigo mismo cuánto le pone hasta el destino elegido, de acuerdo al horario y al tránsito del día (lunes y viernes, siempre hay que sumarle 5 minutos a la apuesta).

En fin, como he estado por fuera de la realidad pedestre durante varias semanas, creo que iba de suyo escribir sobre lo que ha ocupado mis días casi tanto como el trabajo: el viaje en colectivo. Vayan estas líneas como un homenaje... y córranse a leer al fondo, que todavía hay lugar.

Vanesa Pafundo

El estudiante

Faltan unos pocos días nomás, muy poquitos. Me pasé el verano hablándole de lo que va a significar para todos nosotros -para toda la familia- ese momento. Le expliqué que vamos a mantener viva la memoria del abuelo y del bisabuelo. Le dije que ellos estarían muy orgullosos si lo supieran. Y también le dije que de alguna manera, por supuesto, ellos lo saben.

Todo el verano estuve hablándole de las gestas heroicas. De esos años gloriosos que van del 72 al 76, de aquel 25 de enero del 78, de aquel 22 de diciembre del 83. Pero él ya lo sabía, siempre lo supo. El mismo día en que nació le compré esa camiseta tan linda, esa camiseta roja que tenía, en el pecho, la siguiente inscripción: “desde que nació amo estos colores”. Claro que lo sabe, cómo no va a saberlo. Sabe que ahora tiene una gran responsabilidad. La responsabilidad de continuar los pasos del bisabuelo, del abuelo, del padre. Se viene la cuarta generación -me cuesta escribir esto sin estremecerme, sin que me tiemble el pulso-. Incluso, en unos años, empezará a sentir la necesidad de convertirse él mismo en padre. Seguir el camino que comenzó, para nosotros, en el 41. Ese mandato que se transmite entre hombres.

El mismo día en que nació le compré esa camiseta tan linda, esa camiseta roja que tenía la inscripción “desde que nació amo estos colores”.

Porque en definitiva, y no quiero ofender a las chicas, esta tradición es típicamente masculina. Las mujeres pueden cambiar y en general cambian -se dejan persuadir por las preferencias de sus novios-, pero el varón nunca, jamás; se nace amando unos colores y se muere con la frente alta, soportando las derrotas, disfrutando los triunfos. ¿Qué son, en definitiva, los éxitos y los fracasos?, ¿acaso no son dos impostores? No me acuerdo quién decía eso. No sé si fue el Pato, o fue el Chivo, o fue el Uruguayo, pero no importa. Ahora él, mi Ponchi, va a entrar por la puerta grande, va a saludar a la bandera -roja-, va a levantar los ojos al cielo.

Faltan unos pocos días. Ya lo estoy viendo. Lo estoy imaginando, en realidad. Así: la remera, la mochila, los pelos aplastados, la insignia, CAI, cerca del corazón. La frente alta. Sonriendo cada mañana frente a los retratos de Bochini, de Outes, de Bertoni. Aprendiendo de memoria la formación del equipo del 02, del 94, del 89. Sí, lo veo. Lo imagino. Lo sueño. Mi hijo empieza primer grado en la escuela de Independiente.

Ariel Bermani